



eCOMMONS

Loyola University Chicago
Loyola eCommons

Ignatian Pedagogy Bibliography

Faculty Center for Ignatian Pedagogy

1999

La Red Educacional Ignaciana: Un Desafio para Nuestros Suenos

Rodrigo Poblete

Follow this and additional works at: <https://ecommons.luc.edu/ignatianpedagogy>

Recommended Citation

Poblete, Rodrigo. La Red Educacional Ignaciana: Un Desafio para Nuestros Suenos. , , , 1999. Loyola eCommons, Ignatian Pedagogy Bibliography, <https://ecommons.luc.edu/ignatianpedagogy/403>

This Journal Article is brought to you for free and open access by the Faculty Center for Ignatian Pedagogy at Loyola eCommons. It has been accepted for inclusion in Ignatian Pedagogy Bibliography by an authorized administrator of Loyola eCommons. For more information, please contact ecommons@luc.edu.

La Red: un desafío para nuestros sueños

Digo estas palabras a nombre del Provincial, quien me ha nombrado Capellán de la Red. Debo reconocer que estoy de alguna manera como ustedes, mirando y aprendiendo de qué se trata esto.

Frente a los nuevos desafíos que nos presenta el mundo y la sociedad en la que vivimos, no podemos contentarnos con educar bien a nuestros alumnos y alumnas, debemos mirar más allá de nuestras salas de clase y de nuestro colegio, debemos mirar hacia un proyecto de país, un proyecto de humanidad que dé sentido, orientación y coherencia a todos nuestros desvelos como educadores. Desde esta perspectiva es que la Compañía de Jesús en Chile ha decidido impulsar una nueva obra educacional para compartir, en comunión y colaboración con ustedes los laicos, su espiritualidad y pedagogía. Uno de los objetivos principales es contar con un espacio de intercambio pedagógico y espiritual que sirva para crecer en humanidad, clarificar metas, enriquecer métodos y aprovechar experiencias, tanto positivas como negativas. En esta Red la Compañía ofrece su reflexión y experiencia: "Las Características de la Educación Jesuita", "La Pedagogía Ignaciana" y los Ejercicios Espirituales.

La Compañía de Jesús se pone al servicio de la misión de ustedes como mujeres y hombres de educación, ofreciendo lo que somos y hemos recibido: nuestra herencia espiritual y apostólica, nuestros recursos educativos y nuestra amistad. Ofrecemos la espiritualidad ignaciana como don específico para la misión del ministerio laical. Esta espiritualidad apostólica respeta la espiritualidad propia del individuo y se adapta a las necesidades presentes; ayuda a la persona a discernir su vocación y "a amar y servir a la Divinidad en todas las cosas". Les ofrecemos a ustedes la sabiduría práctica que hemos aprendido en más de cuatro siglos de experiencia apostólica. Por medio de nuestras escuelas, universidades y otros programas educativos ponemos a su disposición la formación pastoral y teológica. Lo que es quizá más importante, nos unimos a ustedes para trabajar y servir juntos, aprendiendo unos de otros respondiendo a las mutuas preocupaciones e iniciativas y dialogando sobre los objetivos apostólicos.

Quiero en esta oportunidad hacer mío parte del discurso que el Padre Fernando Montes nos dedicó como rector de la Universidad Jesuita Alberto Hurtado en su inauguración.

"Ante tal desafío social y cultural consideramos que una Red Ignaciana que se inspira en el Evangelio de Jesús tiene una gran responsabilidad. Ella como la Iglesia debería ser según palabras de Paulo VI "experta en humanidad". Nuestra cultura nacional tiene una vertiente cristiana y católica indesmentible y los cristianos por fidelidad a nuestra fe, en conjunto con todas las personas de buena voluntad, debemos hacer un aporte para que en el tránsito cultural que experimentamos no produzca desmedro en el hombre. Tenemos, lamentablemente, la impresión que en este momento de la historia de la patria quienes nos inspiramos en el cristianismo estamos en deuda con ella. Echamos de menos ese pensamiento sólido, profundamente fiel a la tradición y a la vez abierto, capaz de un dialogo hondo e interpelante con la modernidad y que presente desafíos al mundo que estamos construyendo. El Papa Juan Pablo II nos ha invitado con coraje a una nueva evangelización, y a veces nos preguntamos avergonzados si estamos haciendo los esfuerzos que el Papa nos pide. Es necesario hacer un trabajo gigantesco, como el de los primeros Padres de la Iglesia, como el que nos pidió el Concilio Vaticano II, para dialogar con el mundo que nace para proponerle una verdad creíble y para elaborar un razonamiento que destaque por su propio peso".

"No estamos solos en la búsqueda de la verdad, la sociedad contemporánea es profundamente pluralista y hemos de saber insertarnos en esa realidad. Los católicos a menudo tenemos miedo de este mundo nuevo por la dosis posible de relativismo que hay en él. El pluralismo no es necesariamente relativismo. Si entendemos el pluralismo como confusión de valores eso significaría querer reconstruir en nuestra casa la Torre de Babel. El verdadero pluralismo se basa en el amor irrestricto a la verdad y en sentimiento humilde de que uno puede por sus intereses, por su cultura o limitaciones estar estrechando esa verdad. En mi modo de leer el evangelio y recibir la tradición siempre estoy interponiendo mi pequeño modo de pensar y de mirar. Por eso el pluralismo invita a aceptar la verdad que hay en los otros porque nadie por errado que esté no tiene algo de verdad que transmitir según la enseñanza de Santo Tomás. El pluralismo no se hace de silencio sino de

respeto, de un humilde escuchar y de un querer aprender y a la vez de un querer transmitir la verdad que uno ha recibido como un don. El pluralismo supone la voluntad de transmitir sus creencias no por la fuerza o la imposición sino por la persuasión que nace de la intrínseca luminosidad de la verdad bien presentada y del valor del testimonio. Una Red Ignaciana debe buscar apasionadamente la verdad y buscar el modo de decirla, debe buscar los argumentos para que la verdad se imponga por sí misma y no por el brazo secular. Como discípulos de San Ignacio, que nos enseñó a salvar la proposición del prójimo, esperamos poder hacer un aporte a la sociedad y a la Iglesia, a la Santa Madre la Iglesia jerárquica, a la cual declaramos una radical fidelidad”.

Mirando hacia el tipo de mujeres y hombres que queremos formar. Me baso en ideas expuestas anteriormente por nuestro Provincial.

Formar es mucho más que enseñar fórmulas o conocer teoremas: es aproximar con la ciencia y con el ejemplo a los alumnos a un modo de encarar la vida y de relacionarse con Dios, con el mundo con los otros hombres y con ellos mismos, es lo que queremos hacer las personas que conformamos la Red Ignaciana.

Esperamos ser capaces de formar personas con una fe sólida y con una visión sanamente religiosa de la existencia. Que sepan por qué y para qué viven; por qué y para qué estudian y qué sentido tiene su paso en esta tierra. Es importante que se pueda hablar de Dios tal como nos habló de El, Jesucristo. Dios de la vida que no arrebató al ser humano su libertad ni su modo de pensar; que no es garante de un orden social injusto; que es cercano al hombre y en especial a aquellos que el mundo margina.

Formar Hombres y mujeres, colaboradores de Dios, que comprenden su educación como una misión y posibilidad de servicio, que existen para los demás y que no busquen en primer lugar su propia realización ni su prestigio.

Formar Personas de dialogo, llenos de respeto por las opiniones ajenas, que procuran abrirse a la verdad sin relativismo pero sin fanatismos, intransigencias o descalificaciones. Por eso las personas formadas en esta Red deberían ser un fermento de concordia.

Esperamos que de aquí salgan personas que miran positivamente la creación; que sepan amar y cuidar la naturaleza; que sepan contemplarla y reconocer en ella las huellas del Creador, sin esclavizarse ante ninguna criatura. Frente a la tentación de consumismo y ostentación que nos amenaza esta Red debe formar personas austeras y modestas que comprendan que los bienes tienen un destino universal.

Quisiéramos formar personas que hagan rendir los talentos recibidos sin mediocridad. El país necesita para su desarrollo mujeres y hombres de primera calidad, serios, creativos, constantes y estudiosos. El buscar la excelencia es un modo de amar si no se hace sólo por sobresalir.

Ser capaces de formar personas con una verdadera pasión por la justicia procurando crear con todo su empeño una sociedad más justa, solidaria y humana. Por eso es indispensable que se estudien los mecanismos que generan injusticia y que se tenga contacto real con los marginados, con los más pobres y con los que más sufren... con la verdad de Chile.

Para poder vivir el ideal de Ignacio es fundamental una formación integral e integradora, jamás hombres de una sola dimensión.

Nuestros alumnos debe ser profundamente humano capaz de apasionarse por todas las manifestaciones del espíritu y dolerse con todo lo que quebranta la humanidad. El hombre integral tiene ese equilibrio que le permite ser religioso sin ser beato; científico sin perder las otras dimensiones de la humanidad; artista sin despreciar la razón; deportista con conciencia que el cuerpo no puede ser centro exclusivo de todo los cuidados; inquieto socialmente sin caer jamás en el simplismo demagógico. Ciencia, arte, religión, deportes deben amalgamarse en una síntesis armónica. Una formación integral supone también educar la afectividad: Cuando llegue la hora del arqueo final la gran pregunta será si hemos sabido amar. Por eso una buena formación se armoniza con la vida de familia y con la capacidad de amistad fiel y profunda.

La formación humanizante debería dar a los alumnos la capacidad de no escandalizarse de las debilidades humanas. Tanto la Red como los colegios que la conforman así como la Iglesia, tendrán siempre la impronta de la debilidad y el pecado, de los egoísmos e imperfecciones. Un hombre y una mujer maduros no deben cerrar los ojos ante el mal. Deben reconocerlo, denunciarlo; y buscar los remedios para que ese mal se corrija... pero, como Jesús, no debe jamás descorazonarse ante la pequeñez humana.

Necesitamos formar personas libres para buscar, decir y vivir la verdad... No puede haber sociedad justa y desarrollada construida sobre el engaño, la deshonestidad y la corrupción.

Nos parece finalmente que en un mundo que se unifica, es indispensable formar personas con mirada universal que no estrechen las perspectivas por el amor a su región y a su país. La mujer y hombre que debemos preparar para el siglo XXI tiene raíces en su patria pero es un ciudadano del mundo que se deja interpelar por los grandes problemas de la humanidad.

El desafío que tenemos por delante es grande, sobre todo cuando la fuerza avasalladora de la cultura ambiente propone ideales de triunfo y de realización humana que exaltan el éxito personal, la fuerza del dinero, el gozo rápido. Por eso pedimos que el Señor y su madre nos ayuden a llevar a cabo la obra comenzada. En El sólo ponemos nuestra esperanza. Y a ustedes que forman parte de esta Red Ignaciana les pedimos que se entusiasmen, sueñen y nos signa acompañando con su apoyo, su corrección y su consejo. Sientan esta obra como algo suyo, como obra propia porque ustedes y nosotros, laicos y jesuitas unidos, la llevemos adelante. Muchas gracias.

Rodrigo Poblete Altamirano, S.J.
En el Colegio Carampangue, viernes 30 de julio de 1999.